

gote pues, padre, que le envíes á la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les advierta, no sea que vengan ellos tambien á este lugar de tormentos. Dijo le Abraham: A Moisés y á los profetas tienen, oíganlos; el entonces dijo: No, padre Abraham; mas si alguno de los nuestros fuere á ellos, harán penitencia. Mas Abraham le dijo: Si no oyen á Moisés y á los profetas, tampoco creerán, aun cuando resucitare alguno de los muertos.

CAPITULO XX.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

Después de haber dado Jesús á los escribas y fariseos por medio de estas parábolas tan sublimes é instructivas los mas grandes y saludables documentos, partió con sus apóstoles y llegó cerca de Bethania, aldea distante de Jerusalem como quince estadios, que componen á lo mas una legua. No todos los expositores sacros son de esta opinion; algunos quieren que se encaminase antes hácia Jericó, y que después de haber curado al ciego que estaba sentado á orilla del camino, y después de haber resuelto la peticion de la madre del Zebedeo y cenado con Zaqueo, se encaminó á este lugar, desde donde partió para resucitar á Lázaro, pero que la noticia de su enfermedad la recibió á la distancia de seis ó siete horas de camino en las inmediaciones de Jericó. Sin entrar en esta averiguacion, porque tampoco entra en ella el gran Ludolfo de Sajonia, decimos con el Evangelio, que recibió Jesús la noticia de la enfermedad de su amigo por el nuncio que le mandaron las dos hermanas de

CAPITULO XV.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

Después de haber dado Jesús á los escribas y fariseos por medio de estas parábolas tan sublimes é instructivas los mas grandes y saludables documentos, partió con sus apóstoles y llegó cerca de Bethania, aldea distante de Jerusalem como quince estadios, que componen á lo mas una legua. No todos los expositores sacros son de esta opinion; algunos quieren que se encaminase antes hácia Jericó, y que después de haber curado al ciego que estaba sentado á orilla del camino, y después de haber resuelto la peticion de la madre del Zebedeo y cenado con Zaqueo, se encaminó á este lugar, desde donde partió para resucitar á Lázaro, pero que la noticia de su enfermedad la recibió á la distancia de seis ó siete horas de camino en las inmediaciones de Jericó. Sin entrar en esta averiguacion, porque tampoco entra en ella el gran Ludolfo de Sajonia, decimos con el Evangelio, que recibió Jesús la noticia de la enfermedad de su amigo por el nuncio que le mandaron las dos hermanas de

aquel, asustadas con el peligro en que se hallaba, y seguras de la amistad de Jesús para con el enfermo. La confianza y la discrecion brillan admirablemente en las cortas palabras con que Marta y María hicieron saber al Salvador la enfermedad de su hermano, y pueden mirarse como la mas elocuente de todas las súplicas. Señor, le dijeron, *el que vos amais se halla enfermo*. Basta saber para amante verdadero la necesidad de la persona amada, porque el que abandona su prójimo en la necesidad y no le socorre, ni es amigo ni le ama. Así es que como advierte san Agustin [1], no le dijeron ven y sánale. No se atrevieron tampoco á decirle, manda que sea hecho sano desde este mismo lugar donde te hallas, sino que se contentaron con decirle: *El que tú amas está malo*; porque firmemente persuadidas en su corazon de su amor, creian muy suficiente darle noticia de su enfermedad para que desde luego lo sanase; bien fuese desde el lugar donde se hallaba, bien fuese pasando personalmente á visitarlo.

San Crisóstomo sobre este mismo lugar añade [2]: No marcharon las hermanas á ver á Cristo, porque confiaban extremadamente en él y se lo impedian las lágrimas; por esto se contentaron con enviarse un nuncio con la triste noticia de la enfermedad de su hermano, no dudando que esta era muy bastate para atraerle, en lo que no se engañaron. Jesús amaba á Lázaro, y estas dos hermanas suyas eran muy queridas del Señor, por su fe, su celo, su ternura y su adhesion respetuosa á su persona. Sus almas y su corazon eran un modelo bellissimo de virtud; pero con todo, quiso el Señor probarlas en esta ocasion con una prueba durísima. Cumplió el mensajero su encargo, y en muy pocas palabras le respondió el Salvador: *Id y decid de mi parte á las que os han enviado, que la enfermedad de su hermano de que me dan aviso, no es de muerte*; esto es, que Dios no se la ha enviado para sacarlo de este mundo, sino es para tener ocasion de que resplandezca su gloria y glorificar á su Hijo; con lo que ya les indicaba claramente Jesús que este suceso tendria grandes consecuencias, aunque ellas no pudieran penetrarlas. Su hermano habia muerto pocas horas después de la partida

[1] Tract. 49 in Joann.

[2] Div. Crisostom. Hom. 61 in Joann.

del correo; y como el sábado debía empezar la tarde del mismo dia, que era el viernes, se vieron precisados á enterrarlo y meterlo en el sepulcro antes del fin del dia.

El amar el Señor á Lázaro denota el celo de caridad con que vino al mundo en busca de las almas perdidas, porque si no amara á los pecadores, no hubiera bajado del cielo á la tierra. Aquí se ve cuánto ofenden á la bondad del Señor los que en la tribulacion, en la tentacion y aun caidos en la culpa desconfian de aquella. ¿Pecaste? Levanta los ojos al cielo y di al Señor con fe y con humildad: *El que amas está enfermo*; ¿qué mas te diré, Señor? Pues me tienes amor, basta que sepas mi gran miseria. Al que ames no lo huyas el cuerpo si de veras te busca.

El ruego de las dos hermanas da á entender que á la oracion de la Iglesia y de sus hijos concede Dios la conversion de los pecadores. Este ejemplo debe avivar en nosotros confianza y fervor para implorar el remedio de tantos miserables como hay sepultados en grandes vicios en el seno mismo de la Iglesia. Nuestra poca fe es la que no nos deja alcanzar de Dios la conversion de los grandes pecadores. No tenemos ánimo para pedir á Dios esta altísima merced, porque la miramos como imposible ó la pedimos con tibieza, porque no tenemos la idea que debiéramos del poder de la gracia; ¡harta miseria es la nuestra! Tememos salir de las peticiones comunes, porque no creemos que sean cosas dignas de Dios las que no son proporcionadas á los pensamientos de los hombres.

No ignoraba el soberano Maestro algunas de las circunstancias que pasaban en Bothania, aunque dilatase el consuelo á sus dos fervorosas discípulas. A las almas mas amadas es á las que destina Dios las grandes aficciones, porque para ellas prepara los grandes favores. Dos dias enteros permaneció Jesús en aquel mismo parage, donde se hallaba después de haber recibido la noticia de la enfermedad de su amigo, y cerciorado como estaba de su muerte, pues resuelto á obrar en la resurreccion de Lázaro y á las puertas de Jerusalem, un prodigio tan estupendo que confundiese la incredulidad de la Sinagoga si no queria abrir los ojos y dejarse convencer, queria que á mas de la enfermedad y de la muerte se añadiese la pترفacción y corrupcion en el sepulcro. Tres dias hacia que estaba

Lázaro en él, y quería Jesús resucitarlo al cuarto. De paso había dicho una palabra á sus discípulos de la enfermedad de su amigo; pero no les había hablado de su muerte ni de los designios que tenía sobre este suceso; sin embargo, les dijo: Vamos otra vez á la Judea; y ellos le replicaron: Señor, ¿no hace dos meses que los judíos os buscaban para apedrearos, y tenéis la resolución hecha de volver á un país donde los magnates están declarados contra vos? Pero Jesús les respondió: Doce horas tiene el día; cualquiera que caminar en este tiempo, puede evitar los malos pasos, porque ve la luz de este mundo. Por el contrario, si un caminante se empeña en caminar de noche, tropieza y corre riesgo de alguna caída, porque no le alumbraba el sol y camina en tinieblas. Lo que fué decirles: Bien debíais saber que respecto de mí no hay sucesión de luz y de tinieblas. Yo sé y yo veo en cada instante lo que me ha de suceder. El conocimiento que tengo de lo presente y de lo venidero, hace en mí las veces del sol, y dirige todos mis pasos y resoluciones. No harán los judíos cosa contra mí que yo no tenga prevista. Vosotros debéis seguirme confiados. Continuemos nuestro camino sin inquietud, y no nos apartemos de él. Nuestro amigo Lázaro duerme y yo voy á despertarle. A lo que repondieron sus apóstoles: Si duerme, no hay duda que lo pasa mejor y tal vez está ya bueno.

Quedó dos días, dice san Agustín, en el lugar donde se hallaba después que recibió la noticia, para que dilatando el ir á darle la salud pudiese mejor resucitarle después. Esperó para la mayor certeza y evidencia del milagro, y para que después de cuatro días cumplidos fuese mas maravillosa y gloriosa la resurrección. Como podía resucitarle, dijo el Señor que dormía; para los que no tenían este poder estaba verdaderamente muerta. Mas fácil es á Cristo resucitar á un muerto corrompido en el sepulcro, que á otro despertarle de su sueño cuando duerme en el lecho. Esta palabra sueño ó dormicion tiene muchas acepciones en las Escrituras santas; tómase algunas veces el sueño natural, como de Job se dice *dormía seguro* [1]. En otras se toma por el sueño de la muerte, como cuando dice san Pablo: No queremos, hermanos, dejaros en ignorancia

[1] Job. cap. 11.

porque no os entristezcáis del modo que suelen los demás hombres que no tienen esperanza de la vida eterna [1]. Otras en fin se toma por la negligencia ó descuido de alguna cosa, como cuando dice David: *No duerme ni dormirá el que vela en la custodia y defensa de Israel*. Hablaba Jesucristo con el nombre de sueño de la muerte de Lázaro. Este modo de hablar figurativo, principalmente respecto de aquellos cuya muerte era reciente, convenia aun mucho mejor á Lázaro, cuya muerte pasajera iba á ser vencida con una resurrección gloriosa, explicada con la expresión de despertar. El ánimo de Jesucristo era muy distinto del de sus apóstoles; y así es que nada entendieron ellos, ni con respecto á Lázaro ni con respecto á la reprensión que en cierta manera les daba de regresar á Jerusalén contra su opinión y dictámen; por lo que les dijo: Vosotros no comprendéis lo que yo he querido manifestaros; por tanto, os digo claramente que Lázaro ha muerto, y esta muerte es la que yo llamo su sueño; y me alegro por vosotros de no haber estado allí para que creáis, pero vamos á él. Lo que fué decirles: Bien sabéis que yo amaba á este fiel israelita; pero no obstante mi amistad para con él, estoy gustoso de no haberme hallado en Bethania durante su peligro, y de no haber impedido las consecuencias, como vosotros me habíais rogado que lo hiciera; y habéis de saber que por vosotros es por quienes me alegro de esto, pues creéis con mas seguridad que yo soy Cristo é Hijo de Dios. Vamos á Bethania, que allí seréis testigos de la gloria de vuestro Maestro.

Dice san Crisóstomo que Jesucristo se expresó así con sus apóstoles para que comenzasen á admirarse viendo que el Señor le llamaba muerto, cuando ni lo había visto morir ni nadie le había anunciado su muerte; y para que conociendo que nada se le escondía, creyesen mas firmemente en él y tuviesen en él mas confianza. Uno de los doce llamado *Tomás* por su nombre hebreo, á quien los griegos conocían con el de *Dydimo*, no pudo contenerse al oír á Jesús; y volviéndose á sus discipulos les dijo: Nuestro Maestro corre á la muerte, no le abandonemos; vamos á morir con él. A la sazón se juzgó Tomás con ánimo y resolución grande, exhortando

[1] Div. Paul. Ep. 1.ª ad Tesalon. cap. 4, v. 12.

á los otros á que le siguiesen, exponiéndose como él á todo, uniéndose á las disposiciones de su corazón y á su espíritu de sacrificio; pero luego experimentó que no era tan intrépido como se lisonjeara. Continuaron Jesús y sus discípulos su marcha hasta Jerusalén, y durante el camino se les agregó una multitud de fieles deseosos de oír sus discursos y de presenciár sus milagros, hasta que llegaron por fin al lugar donde había de obrar uno, de los mas singulares y extraordinarios que jamás había obrado.

Es innegable que si hubiera habido en los judíos menos incredulidad y prevención contra Jesús, era esta la ocasión mas favorable para que hubiesen creído en él. Pero Jerusalén estaba gobernada por hombres ambiciosos; los sabios estaban preocupados, los sacerdotes eran interesados y envidiosos, y el pueblo estaba corrompido; por consiguiente, el gran milagro debía irritarles mas, conmover todas estas pasiones, y obligarles á pedir con mas tumultuosa agitación la muerte de Jesús.

El castillo de Bethania se hallaba por otra parte inundado de habitantes de Jerusalén que habían ido á visitar á María y á Marta, las que eran personas muy considerables en la ciudad, y á las que por tanto debían ofrecer obsequios y condolerse con ellas sobre la muerte de su hermano. Pero esta continuación de visitas y la manifestación de estas atenciones eran un consuelo muy triste é ineficaz respecto del que se prometían de Jesús cuando le dieron parte de sus temores. Al tiempo que se anunció á las desconsoladas hermanas la proximidad del consolador verdadero, sin atender Marta que la casa estaba llena de los personajes mas ilustres de Jerusalén, se levantó con la mayor precipitación, corrió á buscar al Maestro divino, y tan luego como le vió se arrojó á sus piés, y desecha en un mar de lágrimas le dijo: *¡Ah, Señor!* ¡qué desdicha para nosotras el que no hayas estado aquí durante la enfermedad de mi hermano! Vos le hubierais dado la salud con sola una de vuestras palabras. Vos no hubierais permitido que muriese á nuestra vista. Lo que fué darle quejas amorosas y decirle: *¿Qué haciais entonces?* *¿Y cómo nos habeis faltado en una necesidad tan grande?* Pero ya os veo y con eso me consuelo. Bien sé lo que podeis; no he olvidado la respuesta que enviásteis. Dios no os niega cosa alguna de

cuanto le pedis. San Crisóstomo advierte que al marchar Marta esta vez hácia Jesús no llevó consigo á su hermana María, porque quería hablarle particularmente y referirle todo lo que había pasado; cuando empero después de esta primera entrevista sintió mas reanimada la esperanza de su corazón, entonces fué y llamó en secreto á su hermana María y la dijo: *Aquí está el Maestro y te llama.* Y san Agustín nota, que llamar en silencio Marta á su hermana María, fué para que no se marchasen los judíos que habían concurrido de Jerusalén al castillo de Bethania, y tuviesen ocasión de ser testigos del milagro.

La indicación de Marta á María bastó para que se levantase inmediatamente y fuese en busca de Jesús, lo que visto por los concurrentes la fueron siguiendo, firmemente persuadidos de que se iba al sepulcro de su hermano para llorar. Su admiración empero y su sorpresa crecieron de punto cuanto vieron que se arrojaba á los piés del Maestro divino. Su Majestad no había dado un paso con sus discípulos, y permanecía en el mismo paraje donde Marta le había hablado, pues no quería entrar en el castillo de los hermanos hasta después de haber resucitado á su amigo; y María, que sabía que Jesús era el consolador verdadero de las almas, arrojándose á sus piés le habló casi con las mismas expresiones con que lo había verificado Marta. El Señor respondió á entrambas con una verdad general, que aunque dejaba entrever su intención, no la descubría del todo. Tu hermano resucitará, había dicho á Marta; y ella había respondido: *Sé que resucitará en el día novísimo, esto es, al tiempo de la resurrección general de todos los muertos; así lo creo, y esta es la creencia de todo Israel.* También debes saber, continuó Jesús, que yo soy la resurrección y la vida; que cualquiera que cree en mí, aunque experimente una muerte transitoria en la tierra, vivirá eternamente en el cielo. Que cualquiera que vive y cree en mí, pasará por la muerte, pero yo le resucitaré y vivirá eternamente en la gloria. *¿Crees esto?* dijo el Señor á Marta. Sí, Señor, respondió ella; yo lo creo, y creo también que sois el Cristo Hijo de Dios vivo que habeis venido al mundo.

Parece muy natural que estas fuesen las expresiones con que después de la muerte de su hermano se consolaban Marta y María en

la ausencia de Jesús, puesto que sus expresiones al Salvador parecían dictadas por un mismo espíritu; pero como ambas á dos vivían de la fe, no tenían necesidad de concertarse y convenirse para producirse con un mismo lenguaje. Pero es preciso confesar que el carácter de María tenía alguna cosa de mas vivo y mas tierno, su corazón era sin duda mas sensible, y la gracia que en ella hacia obrar á la naturaleza la habia perfeccionado sin destruirla. Las lágrimas se le saltaron de los ojos tan luego como Jesús tomó en boca el nombre de su hermano, y bien presto se uió bañada de ellas, y los judíos que la habian seguido tampoco pudieron menos de llorar. Enterneciéndose sobremanera el corazón de Jesús al ver la ternura de María y la conmocion interior de cuantos se hallaban presentes, aunque conocia bien que era cosa inútil para la multitud de aquellos hombres endurecidos el ir á obrar á su vista el mayor de los milagros que hasta entonces habia obrado. No desconocia Jesús que si bien por entonces guardaban á su vista atencion y urbanidad, bien presto mirarian á su adorable persona como á objeto de insultos y de desprecio, después de haber sido testigos de un prodigio sin ejemplo. Sin duda por esto se sobrecojió el Señor á su vista, exhaló un vehemente suspiro que nacia del fondo de su corazón, se entregó á una especie de turbacion extraordinaria, la que quiso se notara en su semblante, y después de algunos momentos manifestó serenarse de un sobresalto que no habia querido suprimir, y dijo á los presentes con ademán modesto á la par que imponente y tranquilo: *Mostradme el lugar donde le enterrásteis.* Venid, Señor, y vereis, le respondieron. Mas al llegar Jesús cerca del sepulcro, dejó correr algunas lágrimas de sus divinas pupilas. Leccion importante por la que nos enseña que si nos está mandada la sumision y conformidad en la muerte de los amigos, no nos están vedadas las lágrimas.

Notables eran las de Jesús, por consiguiente no podian pasar desapercibidas por unos hombres que sin duda tenían en ellas la mejor parte, aunque no lo pensaban; pero ni conocieron su motivo ni su precio; y atribuyéndolas á un amor puramente humano, se decian los unos á los otros: *¡Ved ahí cómo le amaba!* Poseídos otros del espíritu de blasfemia y de odio implacable del que debían avergonzarse, decíanse entre sí con desenfrenado sarcasmo: *¡Este hom-*

bre que obra tantos milagros y que abrió los ojos á un ciego de nacimiento, no podia haber impedido que su amigo muriese? Como si dijeran: Nos engañó en el primer prodigio, ó si no que nos diga, ¿de dónde proviene el que le falten las fuerzas para obrar uno en la presente necesidad? Por mas llenos de humildad que parezcan estos discursos de los judíos, es innegable que injuriaban atrozmente la omnipotencia y la bondad de Jesús, y excitaron de nuevo su indignacion. Suspiró otra vez, pero al parecer poseido de enojo, viéndose cercano á obrar un prodigio grande y extraordinario, pero que habia de hacer poca ó ninguna mella en el corazón de los incrédulos. Caminó hácia el sepulcro, que estaba cerrado con una enorme piedra, poseido impero de aquel funesto pensamiento que lo afligia, y al llegar al lugar oportuno detúvose y mandó que se abriera el sepulcro. Marta, la mayor de las dos hermanas, poseida de un dolor acervo y derramando abundantes lágrimas, se arrojó á los piés del Salvador y le dijo: *¡Ah! ¿Señor, que es lo que vais á hacer? Mi hermano está muerto cuatro días hace, y el hedor de su cuerpo ha de ser insufrible.* Ni desdeñó Jesús ni condenó severamente la santa intencion de Marta; pero reprendió su poca fe y la dijo: *¿No te acuerdas que te dije que si tenéis fe vereis cómo Dios será glorificado?*

Esta reprension amorosa no pudo menos de enardecer el corazón de Marta, obligándola á que ella misma diese el mayor impulso para que se ejecutasen con mayor presteza las órdenes del Salvador. Levantóse la piedra que cerraba el sepulcro, y tambien levantó Jesús sus ojos y su corazón al cielo, y dirigió á presencia de todos, en alta voz, esta tierna súplica y accion de gracias á su Eterno Padre, diciendo: *Padre mio, yo os doy gracias por que me habeis oido y concedido lo que os he suplicado en el secreto de mi corazón. Yo sé bien que vos me oís siempre que á vos me dirijo y quiero ser oido; pero yo no lo deseo sino es por conformarme con vuestra voluntad; y como este pueblo que va á ser testigo de vuestro poder y del mio no está bastante instruido, quiero enseñarle que vos sois el que habeis oido mi peticion, para que así conozca que sois vos el que me habeis enviado, y que siendo vuestro Hijo Dios, como vos, nada negais á sus deseos.*

La Majestad y la grandeza resplandecian en el tono amistoso y firmeza de voz con que Jesús hablaba. La divinidad se iba pintando y se traslucía en su semblante. Abierto ya el sepulcro se descubría en él por entre los lienzos en que estaba envuelto el cadáver sepultado de cuatro días, y despidiendo un hedor mortífero. Poseídos de un terror espantoso y sobrecogidos de un horror secreto, ni aun á respirar se atrevían todos los que estaban presentes. Solos los discípulos, acostumbrados á los milagros, se prometían sin duda ver en breve el mayor que jamás habían visto. Atónitas Marta y María lo esperaban con fe: los enemigos de Jesús lo estaban previendo y lo temían. El Hijo de Dios lo mandó y se abrió al instante. Levantó Jesús la voz, y con el tono y el imperio de la omnipotencia que solo convenia á su Majestad sobre la tierra, pronunció clara y distintamente estas tres palabras: *Lázaro, ven afuera.* Tenía el difunto atado con cintas sus piés y sus manos: cubierto estaba su rostro con un sudario, y todo su cuerpo envuelto en un lienzo. En este estado se levanta Lázaro, obediente á la voz de su Dios y Señor, y se deja ver lleno de vida y de salud. El que en los días de la creación soltó su aliento divino, abrió su boca eterna, y dijo, y todo quedó hecho; y mandó, y todo quedó criado; bien podia al imperio de su voz reanimar la tierra podrida y hacer que cobrase nuevos alientos de vida. La Majestad y la grandeza de Dios brillan en el cielo y en la tierra, en la creación del mundo y en la resurrección de Lázaro, y con semejantes obras atestiguan el Señor su omnipotencia y poder. Que lo desaten, dijo Jesús, y que lo dejen en libertad para que camine. Fué obedecido el Salvador, y Lázaro se juntó con la comitiva y caminó con ella á su casa de Bethania.

Cuando los Evangelistas sagrados cubren con el velo del silencio las esclarecidas páginas de este suceso admirable, y nada nos dicen de los afectos y sentimientos del muerto resucitado, del gozo y alegría de las dos hermanas, de los transportes y demostraciones de su reconocimiento, y de lo que se afianzó la fe en sus corazones, en los de los apóstoles, y en los de otra porción crecida de los judíos de los que se hallaban presentes, justo es que nos sometamos tambien nosotros á los designios de la Providencia y que no entremos en la investigación de aquello que el Salvador quiso dejar como muy natu-

ral á la reflexion y consideracion de todos los que se hallaron presentes y de cuantos pudiesen llegar á tener noticia del prodigio que habia obrado. Por lo que mira á muchos de los judíos que habian pasado á Bethania para consolar á Marta y á María, no cabe duda fué para ellos un favor muy precioso el haberlos escogido el Señor para testigos de un suceso tan importante y decisivo. Muchos de ellos se rindieron inmediatamente á la impresion de la gracia; creyeron en Jesucristo como enviado é Hijo de Dios anunciado por los profetas, y aun algunos de ellos persuádidos que tenian en su mano una arma poderosa para vencer la incredulidad mas obstinada, corrieron á buscar á los fariseos, refiriéndoles circunstanciada y detalladamente cuanto acababan de presenciar y de ver. Nosotros hemos visto, dirian, lo que acaba de ejecutar Jesús Nazareno, á quien perseguís. Ha dado la vida á Lázaro, difunto de cuatro días, encerrado y corrompido en el sepulcro. Un milagro tan grande pone fuera de duda la divinidad de su persona; nosotros nos hemos inscrito en el número de sus discípulos, y hacemos alarde de creer en él.

Reflexiones tan juiciosas fundadas en un hecho tan glorioso como reciente y público, hubiera sin duda convencido á cualesquiera incrédulos con tal que conservasen algo de buena fe, asistiesen al predominio de la razon y no se negasen á creer aquello para cuya justificacion se presentaban todos los motivos, para justificar la credibilidad. Solo consiguieron irritar mas y mas á unos hombres envidiosos, determinados por interés y por pasion á no creer pruebas algunas concluyentes en favor de un rival á quien querian perder. Asi fué que instruidos los pontífices del milagro y asustados por sus consecuencias que preveían, juntaron un gran consejo, donde hicieron entrar á los pontífices y fariseos, y á todas las cabezas de la religion judaica, el que fué presidido por Caifás, que era su pontífice. ¿Qué importa que nada tuviesen ellos directamente contra la persona del Salvador, si estaban pegados al amor de las cosas presentes y al deseo de conservarlas? Solo esto bastaba para que persiguiesen á Cristo. El que está dominado del amor de las cosas presentes y visibles á trueque de no aventurar la esperanza ó la posesion de estas cosas, olvida los bienes invisibles, cuales son la verdad, la justicia, los intereses de Dios, y desprecia el temor de los

males venideros con que amenaza Dios al mismo. Aun los mundanos suelen sacar la cara por Cristo, pero es cuando ayuda ó conviene al logro de sus deseos ó cuadra con sus pasiones.

En este concilio ó Sanhedrin fué donde quedó resuelta la muerte de Cristo, y ved ahí los términos con que se explicó el que abrió la conferencia: Nosotros estamos quietos y tranquilos, y miramos con indiferencia el objeto mas digno de nuestras peccaciones, y el que pide mas seriedad y atención y vigilancia. ¿Qué hacemos y por qué dilatamos el tomar una resolución que piden las circunstancias? Este hombre llamado Jesús, á quien inútilmente tanto tiempo ha procuramos desacreditar, va teniendo cada dia mayor estimación en todos los espíritus del pueblo. El hace milagros sin número, no oímos hablar de otra cosa, y ahora recientemente acaba de resucitar á un muerto de cuatro dias. ¿Qué haremos? Por desprecio llaman hombre solamente al que sus obras mostraban tambien que era Dios. No decian, creamos, sino ¿qué hacemos? Confesaban la resurrección de Lázaro, mas de ella hacían armas para consumir el proyecto inicuo que tenían maquinado contra su autor. Bien veían ellos que tales maravillas solo podia obrarlas quien tuviese de su parte la aprobación de Dios y estuviese animado de la piedad, de la verdad y de la justicia; pero el justo que así obraba, el Hijo de Dios y Dios y hombre verdadero, tenía contra sí el haberse declarado contra las leyes mundanas que gobernaban á los miembros de aquel concilio. ¿Qué extraño será que sea juzgado en él, no por la rectitud de la ley de Dios, sino por el interés personal, por el odio de la verdad y la envidia? Así es, que aunque atendido el preámbulo del concilio naturalmente, no podia salir de él sino una determinación pacífica y muy honrosa al Hijo de Dios, sucedió todo lo contrario.

Cuando la injusticia, la venganza y el odio presiden los consejos y deliberaciones de los hombres, no pueden ser estas sino insensatas y sanguinarias, cubriéndose ordinariamente con el manto de la libertad y con el celo del bien público. Si dejamos, decir, por mas largo tiempo la libertad y la vida á este hombre, todo el mundo creerá en él como acaban de hacerlo muchos de nuestros conciudadanos que han visto la resurrección de Lázaro, y el pueblo se unirá para hacer su rey á Jesús Nazareno, y sucederá que indignados los

romanos vendrán en gruesos ejércitos, destruirán nuestra ciudad, nos quitarán nuestros destinos, despoblarán el país de sus antiguos habitantes, á todos nos pasarán á cuchillo, y no será mas Palestina la tierra del pueblo de Dios. Otros males mayores y mas duros pudieran ellos temer de no proteger á Cristo; pero estos males no eran visibles ni presentes, y así no cabían en el temor del hombre carnal, que solo teme los infortunios y calamidades que tiene á la vista, porque solo ama los bienes y deleites caducos y transitorios. ¿Mas qué puede el hombre contra los consejos de Dios? ¿Queréis matarle para que no crean en él, y cabalmente su muerte ha de plantar la fe en la tierra? ¿No veis lo que está escrito en Isaías: Si diere la vida por el pecado, verá una larga posteridad [1]? ¿Qué posteridad es esta, sino la descendencia del verdadero Abraham, padre de los espirituales creyentes? Levantado en esa cruz donde le quereis enclavar, atraerá todas las cosas á sí. Ese será el trono de la misericordia para los miserables, fuente de todas las bendiciones, instrumento de la redención, árbol de la vida; desde ese tribunal será juzgado el mundo cuyos partidarios sois vosotros, y destronado su príncipe de quien sois ministros.

Temáse segun ellos mismos indicaban que viniesen los romanos, porque si el pueblo hubiese dado en la idea de proclamarle rey, habrían infringido el mandato que de ellos tenían, de no poder nombrarse rey sin su intervención, de donde nacia el temor mas que respeto de contradecir al César. Con esta ceguedad no conocían habia llegado el tiempo predicho por los profetas. Si tenían al César y le respetaban como emperador y rey, y de él habian de recibir el que les gobernase, ¿dónde habia ido á parar el poder de la Judea, y dónde estaba el cetro de la casa de Judá? Temían que si todos creyesen en Cristo no quedaria gente bastante para defender la ciudad y el templo contra el poder de los romanos, porque miraban á Cristo y á sus doctrinas como contrarias á la ley de Moisés y á las de su nacion y país. Temían y consultaban entre sí, pero entonces se verificó el dicho de David: *Allí temblaron de temor donde no habia que temer* [2]. Si hubiesen creído en Cristo

[1] Isaías, cap. 53, v. 10.

[2] Ps. 13, v.

y no lo hubiesen muerto, no hubieran perdido ni su lugar ni su gente; pero porque no temieron matarle, por esto todo lo perdieron. Los romanos no les quitaron su dominio hasta después de la pasión y muerte, y de la glorificación de Jesús. Temieron perder las cosas temporales y no cuidaron de las eternas, y así perdieron las unas y las otras. El temor de los fariseos era vano y de todo punto inverosímil, y ellos mismos lo confesaban, pues decían: *Si lo dejamos así todos creerán en él.* El temor era pues el que creyesen en Jesús. ¡Insensatos! ¡Ignoraban que el que daba vista á los ciegos, vida á los muertos y gracia á tantos de su gente para que creyesen en él y le siguiesen, podía también atraer á sí á los romanos y hacer que le creyeran? ¿Y esta es la desolacion tan temida que creyéndole á él y no á vosotros, quedo arrimada esa miserable reputacion que os grangeais con la hipocresía? No conocieron bien los incrédulos hasta en adelante la inconsecuencia de su razonamiento y la verdad de las predicciones contrarias que les hacia Jesucristo. No por haber reconocido á su rey verdadero, sino es por haberlo desconocido, fueron oprimidos de todos los males que manifestaban temer.

Entonces uno de ellos llamado Caifás, que era pontífice en aquel año, tomó la palabra, y en razon y uso de su autoridad les dijo: *Vosotros no sabéis nada ni pensáis que conviene que muera un hombre por el pueblo, y que no perezca toda la nacion.* Profecía fatal y principio funestísimo, de donde ha nacido en miles de ocasiones el que inocentes y justos, que regularmente siempre son los menos, hayan perecido en manos de los perversos é injustos, que por lo ordinario siempre son los mas. El bien comun, dicen, es preferible al particular; por lo que importa poco que perezca uno para que se salve la comunidad. La envidia y la saña contra Jesús trastornaron su juicio y razon, porque en ningun caso ni ocasion es lícito matar al inocente y justo; pues con esto, lejos de procurarse el bien comun, se procuran los medios de destruir; por lo que aquel mismo mal que creian evitar por la muerte de Cristo, vino sobre ellos porque la verificaron. En pena de este pecado entraron los romanos en Jerusalem cuarenta y dos años después de la pasion de Cristo, y destruyeron completamente la Sinagoga, la ciudad y el

templo. Para Caifás era delito andar en dudas y deliberaciones para volver este caso. En la balanza de su corazon pesaba mas el interés personal y el dictámen de las pasiones, que la causa de la justicia y el peso de la verdad; el miedo incierto de la ruina temporal, que el temor sólido y fundado de los juicios de Dios. Y así trató de necios á los que se detenian un punto en resolver la importantísima cuestion que les habia presentado. Astuto y sagaz como los falsos políticos y hombres de mala fe, doró sus aficiones, resentimientos y ódios personales con los pretextos del bien público, de la tranquilidad del Estado y del adelantamiento de la nacion. Como si no fuese posible que aun los que atienden al bien comun no estuviesen expuestos á preferir los intereses materiales y personales á las leyes de la verdad y de la justicia, siendo como es muy fácil que los hombres de autoridad atropellen sin escrúpulo alguno la ley de Dios, teniendo aun la osadía de pretender gracias por ello.

Orgullosa Caifás por la concepcion de su plan infernal, creyó cumplir con los deberes de honor y de justicia, si á la felicidad imaginaria del pueblo sacrificaba la inocencia, la santidad y la justicia de su verdadero Libertador. Sea ó no justo, decia, sea ó no profeta, sea ó no el Cristo prometido en la ley, nada importa. El creer en Jesús puede desagradar á los romanos, esto es lo que interesa, pues no creamos en él. Para la gente carnal, mas temible era desagradar á un pueblo idólatra, que al verdadero Dios. Mayor mal es la pérdida de los bienes del mundo que la de la eterna felicidad. Porque moviéndose en todo por el interés de las pasiones y por el amor de las cosas presentes, no hacen caso de la ley de Dios ni de las razones espirituales que inspira la fe acerca de las cosas venideras. Pero cuando Caifás pronunció este oráculo, que se dirigia á condenar á muerte al mas Santo de los hombres, pronunció sin entenderlo un misterio profético, el cual jamás lo hubiera pronunciado si lo hubiese conocido. Hablaba Dios por aquella boca sacerlega como por la boca de uno de sus ministros, que en medio de ser indigno de la dignidad que poseia, profetizaba y decia la verdad por solo el carácter que tenia. Hablaba bien y pensaba mal; su entendimiento estaba ciego y su corazon apasionado; pero se ha-

bia reservado el Dueño soberano el dominio y manejo de su lengua; y porque el mal sacerdote se habia revestido de la dignidad pontifical, á él era á quien tocaba pronunciar los oráculos, y vino á ser profeta sin quererlo ser, y aun sin saber que lo era. El y todos los de su consejo temian la desolacion de su país mas que la pérdida de sus almas. Por lo menos este temor falso ó verdadero fué el pretexto que tomaron para determinar entré sí mismos desde aquel dia que era preciso que Jesús muriese.

No siempre es la profecía, dice san Agustin [1], una señal manifiesta de santidad, como se ve en Caifás. Honró Dios en este mal pontífice la alteza de su dignidad, sirviéndose de su injusto juicio para anunciar por su boca el sacrificio del Hijo del hombre, y el fruto de aquella muerte que habia de convertir un gran número de judíos y agregar los gentiles á la unidad, á la santidad y á la universalidad de la fe. Santo es el sacerdocio aun en los que lo profanan con sus malas costumbres; respetable y digna de crédito es la verdad aun en boca de los que la persiguen. Segun él era conveniente que Jesucristo muriese por su nacion, y no solamente por su nacion, como notó el historiador sagrado, si no es para juntar de la dispersion á todos los hijos de Dios para unirlos en su Iglesia, comprado á precio de su sangre, y para hacer entrar á todas las naciones en un mismo redil y bajo la conducta de un mismo Pastor. Este era el sentido de las palabras de Caifás, segun él profetizaba, lo que estaba muy lejos de su corazon. Anás, su suegro y su colega en el pontificado, no tuvo como él el don de profecía. No porque no se hallase elevado á la misma dignidad que su yerno, y porque esta dignidad no fuese perpétua, sino es porque no ejercia las funciones principales de ella durante aquel año, que segun la opinion mas probable era el treinta y tres y último de la vida de Cristo.

No era una ordenacion ú ordenanza de la ley el que hubiese dos pontífices que fuesen alternando por años en las principales funciones del sacerdocio, sino un efecto de la ambicion de los judíos y de la avaricia de los romanos, porque con arreglo á aquella no debia haber mas que un sumo sacerdote, y este debia serlo por toda la vida.

[1] Div. August. Tract. 49 in Joann.

da; pero como los romanos se habian apropiado el derecho de nombrarlo, nombraban uno, dos ó mas, segun era el número de pretendientes y el tanto que pagaban para obtener aquella suprema dignidad. Anás y Caifás turnaban por un año en el ejercicio; el que entraba en el *Sancta Sanctorum* en la fiesta de la Expiacion, era el pontífice del año corriente, de manera que se miraban como pontífices que alternaban, no en cuanto á la dignidad, que nunca perdian, sino es por lo que toca á las funciones que ejercian por su turno. La prediccion de Caifás excitó la cólera y la indignacion de todos, y se pronunció la sentencia de muerte contra Jesús, siendo muy digno de notar que en aquel concilio entraron los hombres de mayor reputacion, ciencia, sabiduria, y de mayor virtud al parecer que habia en Jerusalem.

Estos hombres, presumidos de sabios, olvidaron repentinamente un crecido número de profecías y un cúmulo inmenso de milagros que cada dia se obraban á su vista, y que por lo mismo no se podian contradecir; y se tomó la impia resolucion de hacer morir injustamente al Profeta mas grande que jamás habia visto su nacion. Olvidaron que aquel hombre se llamaba Cristo, que habia aparecido con todas sus señales y en el tiempo mismo en que se esperaba, y apoyaron su resolucion con los motivos mas capaces de hacer respetable la persona y los dias de aquel, y lograr que fuese adorado por Hijo de Dios. ¡Cuánto pues no deberán temer los consejos y las resoluciones de los hombres, cuando la pasion, las preocupaciones y el interés toman el lugar que en su corazon debieran tener la justicia, la razon y las reglas que la religion sugiere, para que nunca la virtud y la inocencia sean atropelladas por la injusticia y la sinrazon! Los pueblos se ven corrompidos con la apariencia de la autoridad, y suponiendo que sin exámen alguno que la justicia reside donde debia hallarse, se extravían fácilmente por los depravados consejos de los que se ingieren á conducirlos y gobernarlos. Este fué uno, y acaso el mas firme apoyo de ejecutar la maldad, mucho tiempo antes proyectada. Los fariseos tenian muy adentro del corazon el deseo de acabar con Jesús; el senado amenazaba con severísimas penas al que creyese que él era el Mesías; los sacerdotes y los doctores de la ley le habian armado mil lazos para sacarle reo

de Estado y de religion; y aunque hasta entonces nada habian resuelto por temor al mismo pueblo, inflamados los ánimos por la profecía de Caifás, cambiaron repentinamente todos sus corazones. Lo que antes solo era un proyecto ó deseo de matar á Jesús, se convirtió en una resolución absoluta que trataron desde luego de poner por obra. ¡Oh, y cuánto influye en la desmoralizacion de un pueblo y de los magistrados subalternos el escándalo que en muchas ocasiones da el que preside, con sus malos consejos y doctrinas! No es extraño que al contemplarlo san Agustín exclame y diga: ¡Oh consejo detestable! ¡Oh pésimos jefes del pueblo! ¡Oh perversísimos consejeros! ¡Qué haceis, miserables! ¡Qué furor tan extraordinario es el que os agita? ¡Qué ordenacion es esta tan atroz? ¡Qué resolución y qué propósito? ¡Qué causa, en fin, es la que os mueve á una tan espantosa conjuracion contra Jesucristo? ¿No está él mismo por ventura en medio de vosotros, aunque no lo conocéis, y entendié todas vuestras palabras y escudriña todos vuestros mas ocultos pensamientos? Sucederá, sí, como determinásteis, pero no será por vuestra deliberacion, sino porque llegó la hora, y el Padre lo entregará en vuestras manos.

En efecto, muchos siglos hacia que el Espíritu de Dios habia confiado á las Escrituras la prediccion circunstanciada de los herrores groseros de este tribunal, incompetente en punto del Mesías futuro. Segun los oráculos de los profetas, convenia creer que Jesucristo seria desconocido por los príncipes de su pueblo, y condenado á muerte por el senado de su nacion. Los violentos procedimientos de la Sinagoga contra su verdadero rey, previstos y anunciados como una de las señales con que debian reconocerle, no formaban prescripcion alguna admisible contra sus legítimas pretensiones, y eran una condenacion clara de aquellos de quien nacian. En falta de la autoridad de un tribunal que diese á conocer con toda claridad al Mesías enviado, autorizándole tan completamente sus doctrinas y los portentos y milagros que obraba, pertenecia á Dios hacer tan evidentemente creible la mision de su Hijo, que no podia ser dudosa ni sospechosa á personas de un corazon recto y de buena voluntad. A los judíos que conocian y sabian el tiempo señalado para la venida de Cristo, tocaba estudiar y considerar bien á Je-

sús, que se daba públicamente por el Mesías anunciado y por el Legislador prometido. Mas de treinta y dos años hacia que habia venido Jesús al mundo en el tiempo preciso en que era el Mesías esperado. Era Hijo de una Virgen; su nacimiento habia sido anunciado á los judíos y á los gentiles; se habia dado á conocer en medio de las naciones idólatras, y en toda su vida no habia hecho otra cosa sino perfeccionar en su persona el retrato entero de Cristo, con su doctrina, con su santidad, con sus milagros y con el cumplimiento literal de todas las profecias que miraban á aquella. Las almas crédulas y sencillas, los hombres de buena fe y todas las personas que tenian en su corazon el espíritu de la ley, no le negaron la confianza pública; no obstante eso, aun no estaba todo concluido, y la resurreccion de un muerto de cuatro dias y corrompido en el sepulcro elevaba todos los antecedentes de Jesús al grado mas alto de la evidencia, para que fuese reconocido por el Mesías. Pero el último golpe decisivo era la muerte de Cristo en una cruz, ordenada por la Sinagoga, padecida de mano de los extranjeros, acompañada de las circunstancias profetizadas, seguida después de tres dias de su gloriosa resurreccion, y coronada con la ascension á la diestra de su Padre. Esta era puntualmente la señal del profeta Jonás, la que llamaba sin cesar á los espíritus que en su tiempo se tenian por fuertes, y á los incrédulos de su nacion, la que verificada, ninguna duda debia quedarles de que aquel era el Mesías por quien tantos sus padres habian suspirado.

Aunque esta hora y este tiempo se acercaba mucho, no habia llegado; y convenia manifestar que se tomaban precauciones para evitar la persecucion de los judíos. Después de la resurreccion de Lazaro, salió de los contornos de Jerusalem, donde nadie lo juzgaba seguro contra las sorpresas y la violencia de una liga casi general. Dejó la casa donde habia obrado aquel tan interesante y ruidoso prodigio, y resuelto á volver á ella después de algunos dias, pasó á un paraje que se llamaba los desiertos de Judea, donde se hallaba la pequeña ciudad Ephrem, distante de la capital cerca de ocho horas de camino. El Adán terreno quiso esconderse de Dios; el Adán celestial se esconde de los hombres. El primero mostró en

su fuga el espanto y terror que le habia causado su inobediencia; el segundo se ausenta con infinito poder para aguardar el tiempo del sacrificio que el Padre habia determinado. Gran consuelo es para para los defensores de la verdad ver á la verdad misma oculta, fugitiva, blasfemada y perseguida de muerte. Este ha sido el gozo de los mártires, este el regalo de los confesores de Cristo, este es ahora y será siempre el aliento de aquellos que por conseguirle á él se aventuran al odio y á la persecucion del mundo que es su enemigo. Envidiable empero es la ciudad que acoge á Cristo perseguido; imítanla los cristianos celosos que defienden la causa de Dios contra las sátiras de la gente libre que tan de sobra anda por el mundo. Espantoso juicio es ese; pasar Cristo de los campos fértiles de la Judea á la tierra seca y estéril de los gentiles, para derramar en ella la fecundidad de la gracia que habia desmerecido la Sinagoga. ¡Ay del odio y de la ojeriza contra la verdad! Pecado es este enormísimo, el cual suele castigar Dios con la ceguera y dureza penal, que es como un correo de la final impenitencia. Si el hombre cuyo corazon anda extraviado, y niega voluntariamente la verdad, ó la repudia y la abandona después que tuvo la dicha de conocerla, fuese capaz de comprender toda la terribilidad de esta espantosa amenaza, seguramente que abandonaria su error y volveria reconocido á buscar á Jesucristo para unirse estrechamente con él. No pertenecen á la escuela del Salvador los que le abandonan en los tiempos ásperos, y no se unen mas íntimamente con él cuando se encona y sube de punto la ira y el furor de sus enemigos. Ejemplo nuestro fué el apartarse Cristo á la soledad en los dias próximos á su muerte. ¿Cómo nos prometemos morir cristianamente si con Cristo y como Cristo no nos preparamos? Un grano pequeño produce un grande árbol; así es como siempre debemos adelantar y crecer. Un hijo debe semejarse á su padre, una imágen á su original, un efecto á su causa, un discípulo á su maestro, un soldado á su capitán. Sed perfectos, como vuestro Padre es perfecto; haced, dice nuestro grande Capitan, lo que veis que yo hago; escuchad mis palabras é imitad mis ejemplos. El que no se aproveche en la escuela de Jesucristo, no merece ser su discípulo.

Es necesario trabajar mucho para llegar á la perfeccion y gozar de la tranquilidad del espíritu. Dios posee su felicidad sin movimiento ni fatiga; pero el hombre no consigue la suya sin muchos afanes. Nunca será feliz como no se haga mucha violencia. Jesucristo huye y al parecer se esconde antes de entrar en lucha con la muerte. Prepárate con la huida del mundo para cuando llegue aquella hora, y vencerás en ella.

ORACION.

Benignísimo Jesús, que te dignaste resucitar á Lázaro después de cuatro dias de muerto y corrompido en el sepulcro, que le hiciste desatar las ligaduras con que estaba atado para que pudiese caminar con libertad; métense, te ruego, tus entrañas de misericordia sobre este pecador miserable, atado con las ligaduras de la mala costumbre, sepultado y corrompido en el fetido sepulcro del pecado; y ya que por el grande amor que tenias á tu amigo lloraste sobre su sepulcro, sean tus lágrimas, oh Jesús mio, principio del dolor con que debo yo llorar mis pecados. No llore mas desde hoy en adelante por la carestia y falta de los bienes terrenos, sino la pérdida de tu gracia y de tu amor, por la cual estoy muerto á tus ojos. Ven á mí, Señor; ven á esta alma redimida por tí. Ven y sácame del sepulcro de la muerte y del seno de la podredumbre donde me hallo sumergido, para que reviva con la benigna influencia de tu gracia. Tú eres, Señor, el Angel del gran consejo, y sin embargo permitiste que se reuniera contra tí el consejo de los malignantes, á los que no quisiste resistir con tu omnipotencia, prefiriendo darme el ejemplo de huir por el camino de la resignacion y de la paciencia; no me abandones pues en las aflicciones y penalidades de la vida, dirigiéndome por el camino recto cuando fueren errados mis juicios, y librándome de ser juzgado por los consejos inicuos y temerarios de los hombres. Séate yo, Jesús mio, compañero fiel en la persecucion que padeces de parte del mundo, para que viviendo constantemente unido á tí en esta vida por gracia, merezca al salir de ella poseerte y alabarte por eternidades en la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al undécimo del Evangelio de san Juan, desde el versículo 1 hasta el 54.

La Iglesia usa de este mismo texto para el Evangelio del viernes de la cuarta semana de Cuaresma, desde el versículo 1 hasta el 45.

Y para el Evangelio de la misa del viernes de Pasión, desde el versículo 47 hasta el 54, todos inclusive; unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL VIERNES DE LA CUARTA SEMANA
DE CUARESMA.

San Juan, cap. XI, vs. 1 al 45.

En aquel tiempo estaba malo un hombre llamado Lázaro, de Bethania, aldea de María y Marta, sus hermanas (y María era la que ungió al Señor con el unguento y le enjugó los pies con sus cabellos, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo). Envióronle pues á decir sus hermanas: Señor, mira que el que amas está enfermo. Oyendo esto Jesús les dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, para que por ella sea glorificado el Hijo de Dios. Amaba Jesús á Marta, y á su hermana María, y á Lázaro. Habiendo pues oído que estaba enfermo, se detuvo aun dos días en aquel lugar. Después de esto dijo á sus discípulos: Vamos otra vez á Judea. Dícenle los discípulos: Maestro, hace poco que los judíos te querían apedrear, ¿y vas allá otra vez? Respondió Jesús: ¿Por ventura no son doce las horas del día? El que anduviere de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; mas si anduviere de noche, tropieza, porque no hay luz en él. Dicho esto añadió: Lázaro, nuestro amigo, duerme; pero voy yo á despertarle del sueño. Dijéronle sus discípulos: Señor, si duerme, sano estará. Había dicho esto Jesús de la muerte de Lázaro, mas ellos pensaban que hablaba del sueño natural. Entonces les dijo Jesús claramente: Lázaro es muerto, y yo por vosotros me alegro de no haberme encontrado allí para que creais. Pero vamos allí, dijo entonces Tomás, llamado Didimo, á sus discipulos: vamos también nosotros á mo-

rir con él. Llegó pues Jesús y halló que había cuatro días que estaba en el sepulcro (distaba Bethania de Jerusalem como quince estádios). Y habían ido muchos judíos á consolar á Marta y á María por la muerte de su hermano. Marta pues, luego que oyó que Jesús venía, le salió al camino, y María se quedó en casa. Dijo pues Marta á Jesús: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; mas también sé que aun ahora todo lo que pidieres á Dios te lo concederá Dios. Dícele Jesús: Resucitará tu hermano. Dícela Marta: Sé que resucitará en la resurrección, en el postrero día. Dijole Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí no morirá eternamente. ¿Crees esto? Dijole: Sí, Señor; creído tengo que tú eres el Cristo Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo. Dicho esto se fué y llamó en secreto á María su hermana diciendo: Aquí está el Maestro y te llama. Ella, oído esto, levántase al punto y viene á él; porque aun no había llegado Jesús á la aldea, mas todavía estaba en el sitio donde Marta le salió á recibir. Entonces los judíos que estaban con ella en casa consolándola, como vieron que María tan de prisa se había levantado y salido, la siguieron diciendo: ¿Qué, va al sepulcro á llorar allí? María pues, habiendo llegado á donde estaba Jesús, viéndole, se le echó á los pies y le dice: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano, Jesús entonces viéndola llorar, y á los judíos que habían ido con ella también llorando, conmoviéndose en el espíritu y se turbó asimismo y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Dícenle: Señor, ven y velo. Y lloró Jesús. Y dijeron los judíos: Mirad cómo le amaba. Y algunos de ellos dijeron: Este que abrió los ojos del ciego de nacimiento, ¿no pudiera haber hecho que este no muriese? Y Jesús, conmoviéndose otra vez en sí mismo, fué al sepulcro. Este era una cueva, la cual tenía una losa encima. Dijó Jesús: Quitad la losa. Dícele María: Señor, hiede ya, que es de cuatro días. Dícele Jesús: ¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la losa, y Jesús, levantando otra vez los ojos dijo: Padre, gracias te doy porque me has oído. Bien sabía yo que siempre me oyes, mas por la gente que es-

tá en mi derredor lo dije, y para que crean que tú me has enviado. Habiendo dicho esto clamó en alta voz: Lázaro, ven fuera; y al punto salió el que había muerto, atados los piés y las manos con vendas, y su rostro estaba envuelto en un sudario. Dijoles Jesús: Desatadle y dejadle ir. Entonces muchos de los judíos que habían ido á ver á María y á Marta, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él.

EVANGELIO DE LA MISA DEL VIERNES DE LA SEMANA DE PASION.

San Juan, cap. XI, vs. 47 al 54.

En aquel tiempo los pontífices y los fariseos juntaron concilio contra Jesús y dijeron: ¿Qué hacemos que este hombre hace muchos milagros. Si lo dejamos así, todos creerán en él y vendrán los romanos, y arruinarán nuestro pueblo y nuestra nacion. Entonces uno de ellos llamado Caifás, que era pontífice aquel año, les dijo: Vosotros no sabeis nada ni pensais que os conviene que muera un hombre por el pueblo y que no perezca toda la nacion. Pero esto no lo dijo de suyo; mas como era pontífice aquel año, profetizó que Jesucristo había de morir por la nacion, y no solo por aquella nacion, mas tambien para que juntase en uno los hijos de Dios que estaban dispersos. Así que, desde aquel dia maquinaban cómo matarian á Jesús. De manera que Jesús ya no andaba públicamente entre los judíos, mas fuése á la tierra que está junto al desierto á una ciudad que se llamaba Ephrem, y allí se estaba con sus discípulos.

CAPITULO XVI.

CURA EL SEÑOR A DIEZ LEPROSOS: LOS SAMARITANOS SE NIEGAN A RECIBIRLE.

Corrian con mucha velocidad los dias, y los sucesos de la vida de Jesús se multiplicaban tambien con la mayor rapidez, porque queria dejar perfectamente consumada la obra que su Padre le había confiado, dándose á conocer á judíos y á gentiles, á paganos é idólatras, y á todas las naciones de la tierra, cualquiera que fuese la oscuridad y la sombra en que viviesen. No sabemos á qué distancia de la ciudad santa se encontraría Jesús cuando obró otro de los mas singulares prodigios que acostumbraba en beneficio de diez desventurados, cuyos actos de caridad y beneficencia eran el único alivio que concedía, á las fatigas de sus viajes, que no por eso dejaba de emplear en obsequio de la instruccion de cuantos le acompañaban y seguían. Había pasado Jesús por en medio de Samaria y de Galilea, cuando llegando á un burgo ó canton de esta última provincia, le salieron al encuentro diez leprosos, aunque sin acercarse á él, porque la ley lo prohibía, y levantando cuanto pudieran